

Alexander Deo y el caso del corazón roto

Celeste Villarreal

Image not found.

Capítulo 1

Alexander Deo y el caso del corazón roto

Por Celeste Villarreal

El hombre corre por la eterna escalera de caracol, parece que ésta se enrolla sobre sí misma con una furia siniestra, tragándose entre respiraciones agitadas. Por su sien escurren gotas de caliente escarlata que manchan el mármol a cada paso de su entorpecido trote. No recuerda que el tramo hubiera sido tan largo en su ascenso, pero nada a su alrededor parece ser igual que hace tan solo unos minutos, todo ha cambiado con ese último encuentro. “¿Último?” se pregunta el lector tratando de acostumbrarse a la narración mientras el hombre se intenta sostener con ayuda del barandal metálico, apoyando su peso, mira atestado de vértigo hacia el pie de la amenazante espiral. Una gota de sangre se precipita al vacío, él se desploma perdiendo su equilibrio, desapareciendo como por arte de magia en el centro del bucle hasta que finalmente su cuerpo golpea el suelo. Tan solo el lector y la desconocida figura que contempla la escena desde el último piso pueden escuchar los huesos fracturarse.

A la par de estos sucesos una periodista de poco renombre recibe una visita inesperada de un hombre que sin nombre ni tarjeta aparece ante la puerta de su oficina. “Alexander Deo” escucha las palabras salir de la esquelética línea que es su boca e inmediatamente sabe que aquel novelesco nombre ha sido arrancado de una de esas películas en blanco y negro, donde todos toman café mientras fuman un cigarro tras otro. “¿Quién?” pretende estar concentrada en la organización de los papeles en su mesa, no quiere parecer demasiado interesada en lo que le dice su visitante.

“Es un detective privado, solía ser parte de la municipal, tenemos razones para sospechar que en su tiempo trabajando con la fuerza arregló algunos casos para diversos delincuentes.”

Ella levanta su mirada, el hombre se lleva un pañuelo a la frente para limpiarse las espesas gotas de sudor que resbalan por sus mejillas, sonrío ante la rosada tez que le recuerda a un cerdo de feria, indudablemente él posee la arrogancia de uno.

“¿Tenemos? ¿Quiénes son nosotros exactamente?”

“No somos nadie de interés” refunfuña él, súbitamente consciente de su descuido “Solo pensé que a usted le vendría bien un caso así para despegar su carrera”

Deja caer frente a ella un portafolio de cartón amarillo, la joven no hace el más mínimo intento de abrirlo. “Muy considerado de su parte” replica levantándose de su escritorio, “Le daré una leída en cuanto se me presente la ocasión”

El hombre se indigna por su indiferencia e inmediatamente se dispone a protestar, mas ella lo interrumpe con aire despreocupado, “no se olvide de cerrar la puerta después de usted, diputado”. Él la mira con odio porcino para desaparecer de un portazo.

Amelia Guillen lo reconoce de un artículo que ha escrito hace algunas semanas, Osvaldo Benavides es uno de esos burócratas que pasaba desapercibido en los medios , mas le ha llamado la atención en una investigación reciente sobre los sueldos gubernamentales.

“Alexander Deo” el nombre resuena en su mente, se apresura a abrir la carpeta frente a ella. Un par de ojos cristalinos le devuelven la mirada, tiene un rostro angular, corte militar que le recuerda a las fotografías de la academia. Explora la fría mirada inspirada por inexplicable ternura. ¿Por qué quiere el diputado destruir a aquel hombre? ¿Quién era Alexander Deo y qué lo hace tan importante?

Fraude, corrupción, desaparición de evidencia; todo sin ninguna prueba. Junto con los archivos viene una pequeña tarjeta blanca que lee con letras negras “Alexander Deo, detective privado” sobre un número de teléfono y un correo electrónico. Ella la toma entre sus dedos sin poder sacudir la idea de que hay algo sobre todo esto que no encaja, un expediente así no puede ser un secreto. Con un suspiro marca el teléfono celular, no obtiene

respuesta después de los prolongados pitidos.

Sin embargo, en la espera, Amelia no sospecha que el sonido de su llamada produce un eco que nadie alcanza a escuchar en el bolsillo de un hombre que yace boca abajo a los pies de una escalinata de caracol con escalones de mármol.

“¿Bueno?” la periodista contesta, tratando de enmascarar el sueño de su voz. “¡Amelia!” exclama emocionado el hombre del teléfono “¡Nunca vas a creer lo que sucedió!” Ella se levanta de su cama con increíble esfuerzo, observa la pantalla de su celular la cual le verifica que es demasiado temprano para estar atendiendo llamadas “¿Qué pasó Jerry?” Se impide las ganas de colgar el teléfono para dejar de escuchar la chillona voz de su amigo.

“¡Un corazón en el parque!” grita el chico emocionado. “¿De qué hablas? ¿Estás bien?” le responde confundida desde el otro lado de la línea “¡No hay tiempo de explicar, debes venir inmediatamente o te vas a perder la historia del siglo!”

“Voy en camino” Amelia se viste mientras él le dicta la dirección, se apresura todo lo que puede, casi olvida traer consigo su libreta. Apaga las luces del departamento a su salida, considera seriamente cambiar su profesión a una con horas más regulares.

Maneja por las calles dormidas siguiendo las direcciones que se muestran en su monitor hasta que baja los vidrios para escuchar las sirenas que cantaban iluminando la acera. El comentarista en la radio habla sobre las siguientes elecciones, cómo la declaración de Tomás Leal afectaría su postulación, de qué manera reaccionaría el obispo en su siguiente visita. Reconoce el parque en el que la conmoción se concentra, recuerda jugar entre los monumentos de la pequeña plaza en el centro.

Alrededor de una de las estatuas la policía pega su cinta amarilla, manteniendo a raya al público curioso que a ninguna hora puede faltar en una escena de crimen. Se dirige hacia una mujer uniformada con el cabello recogido detrás de una mirada de aborrecimiento puro que no se sacude al verla. “Es muy temprano para esto, Amelia” la reportera le

enseña su identificación de prensa "Yo invito el café esta vez Consuelo". La recibe un suspiro, se aparta para dejarla pasar hasta unos metros de distancia del monumento.

No lo ha visto antes, supone que es considerablemente más reciente que los demás. La piedra aún tiene cierto brillo, aprieta un poco la mirada para distinguir aquel porte que se yergue sobre sus cabezas. Se trata de la más reciente obra del gobernador, una figurilla dedicada a uno de los misioneros que según se cree habían fundado su ciudad en tiempos coloniales. Se acerca un poco más, sin embargo, una pareja de oficiales le indica que el acceso está restringido.

El monumento sostiene una cruz en la mano derecha mientras levanta un cáliz con la mano izquierda, solo que sobre ésta descansa una extraña masa que Amelia arduamente puede distinguir. La mujer levanta sus cejas llena de sorpresa, la realización la despierta más que la cafeína que comienza a anhelar. Apunta la linterna de su celular, asimila las palabras de Jerry que hace tan solo algunos minutos le había gritado por el teléfono. La luz le permite ver que sobre el cáliz de piedra se encuentra un corazón dormido.

"¡Consuelo!" agitada trata de conseguir una buena fotografía del grotesco fenómeno. "Ya sé, ya sé" la policía le responde encogiendo sus hombros "No es bonito".

A pesar de la evidente repugnancia que le inspira el hecho, no puede negar que hay cierta belleza en el rojizo líquido que resbala por la copa, empapando lentamente los dedos del santo.

"¿Qué saben hasta ahora?" saca su libreta su libreta lista para expresar la última gota de información.

"Lo reportaron hace una media hora" asiente la mujer "Jerry contestó el teléfono y me llamó de inmediato"

"Bien, Jerry" piensa Amelia agradeciendo silenciosamente la efectividad

del chico, toma nota de mencionarlo después.

“Aún no llega el equipo forense, aunque no han de tardar” Consuelo bosteza, pausa para apartar de la cinta a los curiosos.

“Voy por el café” le deja saber a la capitana mientras sale del área marcada “¡Prométeme que me darás unos minutos con tu equipo!”

Solo escucha un bufido, mas decide que es todo lo que necesita y se encamina a la cafetería más cercana.

Sale del edificio adornado de posters de papel colorido que reclaman igualdad con cómicos eslóganes. El cálido humo de aroma punzante se apropia de su mente, atrae la orilla del vaso de hielo seco a sus labios suelta un quejido adolorido ante la inevitable quemadura. Le entrega su pedido a Consuelo, quien le concede cinco con los médicos forenses. Durante este encuentro aprende que el corazón ha estado en el lugar por no más de uno hora, sin embargo notan que ha permanecido en refrigeración alrededor de una semana. “¿Nada fuera de lo normal?” pregunta ella anotando energéticamente.

“Solo...pues...” el médico se revuelve incómodo en su asiento “Estaba roto”

Al parecer el corazón ha sido congelado, presumiblemente con nitrógeno y luego estrellado contra una superficie sólida, resultando en una colección de irregulares pedazos que después se descongelaron para manchar las palmas del misionero.

“El caso del corazón roto” se dice a sí misma mientras teclea la historia para el periódico de la mañana, saborea lo que sin duda alguna es un titular sensacional.

Justo al enviar el artículo con una sonrisa satisfecha su celular vuelve a sonar. Ella contesta animadamente “¿Qué pasa?” Escucha las palabras con algo de pesadez. El jefe del periódico le informa que acaban de encontrar un cadáver detrás de un oscuro bar, Amelia responde y asiente. Por un lado, se alegra de estar encargada de un segundo posible titular, por el

otro se pregunta cuántos crímenes pueden ocurrir antes de que abran las tiendas. Pospone la pieza que debe de componer anunciando la visita del obispo a la ciudad, todo eso ya no parece tan urgente.

Ahora el lector trata de averiguar por qué dejamos de preocuparnos por el herido detective que dimos por muerto a los pies de una elegante escalera. ¿Qué lo llevó ahí? ¿A quién pertenece la figura desconocida? ¿Qué tiene que ver todo esto con Amelia? Es difícil contentarse con un ser un observador pasivo en situaciones como en la que nos encontramos por el momento, mas como lector ha de recordar que no es su lugar intervenir en las vidas complicadas de personas desconocidas.

Contempla el cuerpo sin vida que sacan de la basura, lo preparan para llevarlo a la morgue, no tiene consigo ninguna identificación, pero a pesar de su destrozado rostro la reportera logra reconocer sus azules ojos.

“Alexander Deo” le dice al oficial a cargo “¿Lo conocías?”. Le pregunta con algo de reserva, desconfiando de su seguridad, incómodo con el cadáver deforme a sus espaldas.

Amelia le muestra el documento que le dejó Benavides en su escritorio, “Acompáñeme a la estación, si es tan amable”

Ella le dirige una mirada a lo que alguna vez había sido parecido un ídolo de bronce. Sus brazos como ramas rotas, patas de insecto retorcidas, su fuerte mandíbula cae como la de un títere sobre su pecho. Siente el impulso de arrodillarse junto a él y sujetar su mano para decirle que todo va a estar bien, se resiste repitiendose a si misma que ya es muy tarde.

El aire deja su cuerpo, huir de sus pulmones por sus labios. Se pierde por algunos momentos, sigue al oficial en su auto. Le dice al detective a cargo lo ocurrido le deja tomar una copia a sus documentos. Niega haber conocido jamás a Deo, consigue la información necesaria para su reporte y regresa a su departamento.

“Este caso debe de ser manejado con la más absoluta discreción” le dijo el hombre de sombrero de ala al joven sentado frente a él en la mesa de una solitaria cafetería “Por supuesto” contestó tomando un largo trago de un vaso de agua sin apartar la inquisitiva mirada de su acompañante. Linda le había pedido que cuidara su consumo de azúcar, su salud se había convertido en otra de las mil razones para discutir cuándo llegaba tarde a casa.

Alexander se frotaba su rostro con sus manos, no había mucho la noche anterior gracias a un caso involucrando algunas joyas robadas y una disputada herencia. No tenía ánimos de trabajar para el hombre que devoraba un plato de huevos revueltos con la repugnante voracidad de lechón hambriento. Sus palabras cuidadosamente disecadas le inspiraban aversión, sus congestionadas convulsiones retumbaban en sus oídos, el empleo que le ofrecía estaba abarrotado de perspicaz engaño. Pero al mirar su vaso vacío recordó la desalentadora realidad de que no tenía dinero suficiente para obedecer la moral que hace algunos años había jurado defender.

“Aquí está todo lo que necesitas saber” le extendió una carpeta amarilla llena de abultados documentos. “Te reportarás conmigo cada tercer día para comunicar tus avances” Terminó de barrer el grasoso plato, chupándose los dedos para después limpiar su saliva en el horrible traje que envolvía su voluptuosa figura. “En cuanto a tus honorarios” le extendió un cheque a su nombre portando una cantidad lo suficientemente satisfactoria, pidió la cuenta llamando a la mesera con un insoportable juego de chasquidos de su lengua, pagó su platillo y se retiró después de estrechar animosamente la mano del detective que hacía lo posible por no dejar que su disgusto se reflejara en su rostro. “¿A qué nombre puedo buscarlo?” le preguntó guardando los documentos en los bolsillos de su saco “Osvaldo Benavides” respondió este sacudiéndose los trozos de comida de la ropa “Espero escuchar pronto de usted, detective”. Deo permaneció pensando por unos momentos, miró su reloj de muñeca y se percató de que ya iba tarde.

Guillén emerge de las fauces del elevador, carga un cajón lleno de archivos con dificultad. Su asistente corre a su encuentro “Gracias, Guillermo” suelta ella aliviada. “¿Qué tienes ahí?” él acomoda la caja sobre su escritorio, revisa los papeles rápidamente. “Tan solo los resultados de

mi investigación, sobre el cuerpo de ayer” se acomoda el cabello.

“Pero Amelia” objeta levantando en sus manos el periódico matutino “Ese caso ya fue resuelto”

Ella le arrebató el pedazo de papel para estudiar los titulares de la competencia con una risa burlona, “¡Ja!” lo rompe en dos descartándolo con la demás basura “¡Mentiras! ¡No puedes confiar en nada que leas con tinta azul!”

“¿Cómo que mentiras?” él se acomoda junto a ella para poder hablar sin que los escucharan oídos indiscretos “Cariño” pide juguetonamente “Dime todo lo que sabes”

“¡De ninguna manera!” le asegura ella, conociendo bien el poder de la ambición del joven. “Sabrás todo cuando lo publique”

Amelia se sienta en su escritorio, sus manos aprietan su sien, piensa en lo ocurrido. Está segura que no puede ser ninguna coincidencia la aparición del diputado una noche antes de que el cuerpo del detective surgiera. Contempla las paredes pintadas beige, manchadas de humedad, sospecha que está por contraer un resfriado. Había conseguido los documentos después de mucho rogar y romper los seguros del departamento del detective, gracias a sus esfuerzos logró algunas de las notas que guardaba sobre sus investigaciones. Abre los archivos frente a ella, comienza a leer, no pierde ningún solo detalle de los reportes.

Caminó por las calles cubiertas por una delgada neblina azul que parecía pegarse a sus zapatos. Escondió sus manos en los grandes bolsillos de la gabardina negra, protegiéndose del aire helado que lo hacía temblar ligeramente. Lamentaba haberse levantado de la cama de colchón desgastado sobre la cual le hubiera gustado permanecer eternamente junto a una figura desvaneciente, ignorando las personas que podía contemplar ausentemente de su ventana.

Se acomodó los cuadrados lentes de marcos gruesos sobre su nariz, cualquiera que lo observara notaría que lo envejecían un poco, ocultando la crónica contemplación de sorpresa que estaba estampada en sus ojos.

A ella le gustaba decirle que lo hacían ver ancestral, cómo una exposición de museo, él la aborrecía por ello.

Ya era tarde, la vida nocturna de la ciudadela resucitaba iluminada solo por la rojiza luz de los faroles. Un chico se acercó a él paseándose coquetamente, invitándolo a colocar sus manos en su cintura. “¿Necesitas compañía?” le susurró al oído asaltando al detective con el dulzón perfume impregnado en su piel.

“¿Cuánto la hora?” preguntó Deo, tratando de ocultar el sofocante rojo de sus mejillas, suavizando su figura tensa al contacto del otro.

“Le susurró al oído, manchando su mandíbula de sus labios púrpura. Él asintió y el muchacho lo llevó tomado de su mano a una mísera habitación. Cerró la puerta complacido, ninguno percatándose de que alguien los observaba entre las sombras de vapor.

“¿Por dónde quieres empezar?” se dio la vuelta para quitarse el desgastado saco que revelada sus brillantes hombros cobrizos.

“¿Qué sabes de la desaparición de Leonardo Savater?” Alexander vio la energía abandonar la figura del chico. “Sabía que era demasiado bueno para ser verdad” suspiró decepcionado, tendió sus manos en señal de rendición “Ya puede arrestarme, oficial”

El detective sonrió “No vengo por ti, solo necesito información” le extendió un par de billetes. “¿Cómo te llamas?” el hombre tomó asiento en una deshecha silla de metal junto a la ventana.

“Estrella” contestó, sacando un contenedor plateado que se llevó a los labios, ofreciéndole un trago. “No tomo” lo rechazó él, tratando de apurarlo.

“Bueno, supongo que debo comenzar con sus clientes habituales”

Aprendió que Leonardo tenía una lista de célebres clientes que sólo él conocía. Cobrando una considerable cantidad por sus servicios a cambio de su silencio. Había desaparecido hace tres semanas, Estrella suponía que se había conseguido un benefactor. “Leo quiere llegar lejos, viajar por el mundo”

“¿Qué hizo?” cuestionó después de una breve pausa “¿Está en problemas?”

Alexander no podía revelar ningún detalle de su investigación, pero pensó en el corazón dentro de la caja de cartón, pensó en el rastro que lo había llevado a ese callejón, maldijo los resultados de su investigación. “Aún no lo sé” aseguró listo para partir, con la seguridad de que Oscar Buendía no había viajado más que la distancia de la oficina postal a el portal de una casona frente a un parque lleno de estatuas.

La reportera se sienta en la barra de un bar, revisa los apuntes de su libreta, ordena un sazerac clásico y espera la llegada de un desconocido. Nunca ha estado en el lugar, la persona que la citó le indicó la dirección por teléfono, ella busca una chaqueta de piel como indicación de la identidad de su misterioso contacto. Trata de no ser demasiado evidente, aparta la mirada cuando lo ve entrar, se sienta junto a ella ordenando una margarita.

“Está muerto, ¿Verdad?” pregunta acercándose a ella con voz pesada. Amelia asiente, se gira para mirar al muchacho envuelto con cuero amarillo luciendo un broche promocional para la campaña de reelección del gobernador, sorbiendo el fantástico líquido de la orilla de su copa. “¿Qué puedes contarme sobre nuestro amigo?” dice, deslizando en su dirección algunos billetes arrugados.

“Era amable” susurra casi sin aliento “Pero apuesto que eso no puede interesarte menos” se endereza, le dedica una breve mirada de desprecio. “Estaba investigando la desaparición de un compañero mío, Leonardo

Savater, yo le dí lo que quería”

“¿Por qué estaba interesado en tu amigo?” garabatea el nombre con prisa. “Mira...en serio puedo meterme en problemas por esto” él duda, se mueve incómodo.

“Dices que era amable, ¿Así es cómo le agradeces a las personas amables? ¿Dejando que su muerte sea en vano?” su tono es agresivo, casi reprobatorio, el chico aparta la vista avergonzado. Guarda silencio por unos instantes, ella saborea el whiskey en sus mejillas.

“Después de él vino una mujer” suelta cabeza gacha, Amelia acomoda sus brazos sobre la mesa, indica que tiene su atención. Está aliviada, mas no deja que él lo note. “Una mujer como de unos 25 años, vino a preguntarme lo mismo que tú, quería saber lo que el detective estaba persiguiendo, pero solo le dije que estaba buscando compañía” sacude su cabeza tratando de ahuyentar el recuerdo “Eso pareció volverla loca”.

Le describe el perfil que ella registra en tinta, contesta las dudas que tiene, se retira dejando su margarita casi intacta “No merecía morir” las palabras cuelgan detrás de él. Pone poca atención a la entrevista que ocurre en la televisión, las oraciones de la congregación no la alcanzan. La reportera termina su bebida, muerde sus uñas, pensativa y paga la cuenta.

Sin duda alguna el lector ha seguido los eventos acontecidos en las pasadas páginas, siente una reveladora necesidad de penetrar las páginas para comunicarle a la periodista de sus propios descubrimientos, advertir al detective del lúgubre destino que le espera desde el inicio del relato. Contiene una respiración, toma un trago de alguna bebida caliente que le brinda energía suficiente para seguir la lectura con interés morboso.

Sus grandes manos sujetaban las de ella, tratando de contener sus frenéticos golpes. “¿Por qué me haces esto?” lloró furiosa “¿Por qué me haces esto?” se tiró sobre su pecho, deshecha en lágrimas. Él no contestó, no tenía energía para hacerlo, inmune a su llanto la dejó ahí. Tirada en el

piso de la habitación, donde pasó la noche.

La luz del alba se fraccionaba a través de los hermosos cristales de colores, resultando en tonos que bailaban como flores agitadas por el viento. El detective sentía la austera inspección de los mártires mirándolo desde los balcones, sus caras llenas de lamento como irregulares filos. Comprendió por un instante el brillante diseño del templo, contemplando al cristo que exhibía una irregular sonrisa en sus labios blancos, sus pecados de plomo cayeron sobre sus hombros. Pensó en las bodas de Caná al pararse junto a la pila bautismal, se estremeció al imaginar la pequeña cabeza de un niño sumergiéndose en el charco de empalagoso jugo de grana que se acomodaba alrededor del bulto que permanecía flotando en la superficie.

“¿Cuánto lleva aquí?” en la iglesia solo estaban él, el diputado y el devoto sacerdote que había descubierto el horripilante suceso pensando brevemente qué se trataba de un caprichoso milagro. “No lo sé, no puede ser mucho... el último servicio terminó a las once” el padre dirigió sus palabras a la tierra, evitando la divina decepción de los santos.

Alexander se adentró en las siniestras aguas para tocar el tejido de lo que alguna vez latió, “Aún está frío”

“¿Cuándo va a parar?” se quejó Benavides finalmente rendido, “¡Ya deberías haberlo atrapado!”

Deo estaba agotado, hundió su cabeza en el collar de su saco, dejando que el calor lo reconfortara. “Esto está más allá de mis habilidades, es hora alertar a la policía”

“¿Estás demente?” el aullido del hombre resonó en todos los rincones del edificio que respondía chillando sacrilegio en graves reclamos. El detective sabía que era hora de partir, dejó al diputado y al aterrorizado sacerdote en el desolado templo con un corazón frío dentro de la pila bautismal.

“Así es cómo agradeces la información que te di? ¿Con acusaciones y mentiras?” Osvaldo está hinchado de indignación como un sapo cantor. Reclama la insolencia de la joven con energía colérica, pasándose las palmas sobre su grasoso cabello.

“¿Qué es lo que pretendes saber?” el hombre sentado en el sillón púrpura cruza su pierna con un ademán agraciado. Desafía a Guillén con sus grandes ojos café, que permanecen constantemente nublados por falsa simpatía.

“Conozco la naturaleza de la investigación que fue encargada por usted al detective Alexander Deo, y gracias al diputado sé que este pretendía hacer su conocimiento público, poco tiempo después apareciendo muerto bajo sospechosas circunstancias.” Amelia habla con seguridad, sonríe ante las pataletas del hombre mitad cerdo.

“¿Qué es lo que quieres?” severamente exige el gobernador acariciando su pulcra barba con su mano izquierda.

La periodista disfruta el momento, retiene sus respiraciones de aires victoriosos, con el encanto de una araña a punto de devorar a su presa. “Quiero la historia completa, en exclusiva” escucha los resoplidos del diputado a su espalda. Leal levanta un alargado dedo, indicando silencio entre los presentes.

“He dado todo a esta campaña” acomoda el delicado cuello de su traje
“Confío en que este artículo cuidará la imagen que he construido”

“Naturalmente” afirma Amelia “Lo último que quiero es arruinar la reelección” saca una libreta de tapas negras junto con una pluma de su mochila, indica que está lista para comenzar. Termina de anotar, agradece la cooperación de Leal e intenta retirarse. Antes de que pueda salir Benavides la intercepta, la sujeta de su brazo con fuerza. Habla en susurros, envuelve el rostro de la chica con su putrefacto aliento, “Puedo

arruinarte, siempre recuerda eso”

Manejó en la noche oscura, las luces de su auto iluminando el camino inmediato. Sintió la piel del volante, maldijo en voz baja su razón para seguir despierto a esas altas horas. Pensó en cuánto la había querido en un principio, una poderosa sensación de melancolía que suavizaba sus severos gestos lo invadió, anhelando a una persona que hace mucho había dejado de existir.

Linda se había marchado hace algunas horas a casa de sus padres, intentando escapar de cosas que no lograba comprender. Como siempre, se había arrepentido de sus arrebatos y lo había llamado para conciliarse. Él acudía ya más por costumbre que por cariño, pero acordó consigo mismo que no era momento de cuestionar aquellas insignificancias.

El auto se detuvo frente a un majestuoso edificio, él bajó pesadamente, empujando la puerta principal como tantas veces lo había hecho. Dentro de la elegante morada se encontraban paredes decoradas por retratos, adornos de aspecto lujoso, muebles de maderas finas. El detective suspiró, lamentando no poder pagar todo lo que una mujer como ella merecía, tal vez todo aquello era su culpa.

“La cena está lista” exclamó hermosa con su cabello negro a juego con su vestido verde de talle ajustado, esperándolo a la cabeza de una gran escalera de mármol que se enrollaba como serpiente.

Es importante recordar que esta bella mujer no siempre desempeñó el papel de villana en un cuento con intenciones detectivescas. Linda Simón nace en el seno de una acomodada familia en el mes de abril de 1992, crece siendo una niña sumamente sensible, compasiva y sorprendentemente bien comportada. Entra a la universidad para encontrar la realidad de que no mantiene ambiciones académicas, dedica sus días a organizar eventos humanitarios al tiempo que mantiene una serie de relaciones serias que constantemente provocan estragos en su persona. Sus padres creen que se debe a su compulsión por ayudar a los necesitados, de ahí su apego a los hombres con ojos de cachorro triste.

Conoce a Alexander Deo en el año 2014, se enamora rápidamente, es sumamente feliz. Hasta que hace unos meses detective deja de regresar su afecto, parece no verla cuando ella le habla, vaga por la ciudad y vuelve a casa solo para dormir dándole la espalda. No puede encontrar ninguna explicación para este comportamiento, hasta que lo sigue sin su conocimiento la tarde de su reunión con estrella, resolviéndose a confrontarlo. Después de que sus gritos resultan para él indiferentes, ella escapa a casa de sus padres con la fuerte resolución de poner un fin a su tormento. Por primera vez en su vida decide tomar su destino entre sus manos, desgraciadamente para nuestro héroe su deseo de control no se detiene con su vida propia.

Contempla la casona, se acerca para tocar el timbre de la puerta principal, encuentra que ésta está ya abierta. Pasa silenciosamente alerta ante cualquier movimiento, parece que alguien ha destrozado la extravagante mansión. Los retratos yacen hechos pedazos, los muebles desacomodados en extrañas posiciones, trozos de vidrio y porcelana regados por la sala. Nota las manchas carmín que como ácido parecen corromper el pálido mármol, anunciando el final de la escalinata.

Un leve quejido interrumpe el sombrío espectáculo frente a ella, sigue el sonido hacia la siguiente habitación. Es ahí donde descubre a la mujer, hecha un ovillo en el suelo, usando un rasgado pedazo de tela adornado por manchas de opaco rubí. Lloro sin lágrimas, no reconoce la llegada de Amelia, ni su tacto cuando intenta ayudarla a levantarse. "Lo maté" escupe, arañando el brazo de la reportera "Lo maté".

Las luces de la patrulla policiaca no tienen efecto durante el día, Consuelo se lleva a la chica que sin resistencia se deshace en el asiento trasero. Su rostro es casi translúcido enmarcado por marañas de alas de cuervo. Su mirada encarnada arde como fuego, quemando todo lo que cruza en su camino, cegándola. Siente que su cuerpo no es más que un cascarón vacío que ya no encierra nada, el agujero negro en su pecho engulle sin misericordia a lo que alguna vez fue ella. Sabe que ya es demasiado tarde, ese último encuentro lo cambió todo por siempre y recuerda. Recuerda cómo la miraba mientras subía, piensa en la manera en la que la luz golpea sus facciones, cómo se aleja de ella temblando. No puede evitar escuchar el golpe, la escena repetirse en su mente, su corazón cae frente a sus ojos para estamparse contra el esparciéndose en diminutos

fragmentos.

El lector puede imaginar que la vida de un personaje de cuento es complicada, por más que se intenta reducirla a un cierto número de páginas nunca puede ser encapsulado completamente. He ahí el dilema que enfrentamos los narradores de historias tormentosas, las palabras aún no son suficiente para plasmar todo el espectro de emociones y motivos humanos. Ni, aunque dedicara mi vida propia a extender este relato, lograría exitosamente formar un retrato fiel de éstos protagonistas. Por ello debemos contentarnos con apropiarnos de nebulosos recortes de lo que fue. Limitándonos a pensar en términos de héroes y villanos, ladrones y policías, asesinos y detectives.

Abre la puerta, lanza su mochila al otro lado de la estancia, se desploma sobre su sillón. Inhala, exhala, aprieta sus párpados esperando que el mundo se desvanezca. Ha sido un día largo, lo único que quiere es olvidar que alguna vez sucedió. Gira su cabeza cansada, ha sido una semana larga. Contempla la pared rosa marchito que parece morir frente a ella, las lámparas del cuarto tintinean súbitamente, Amelia suelta un gruñido de frustración. En el muro descansa un diploma que le recuerda lo que ha logrado ese día, siente un pequeño escalofrío recorrer su espalda con algo de orgullo.

Inmediatamente lamenta el segundo de éxtasis, la atmósfera se convierte lentamente en aceite, le parece que se pierde en ese mar de complicadas interacciones. Manos manchadas de espesa sangre, sus manos. Se levanta, completa la travesía hasta su computadora, cae sobre la silla que chilla con su peso. Las notas musicales anuncian el amanecer de la pantalla que crea sombras y surcos en su rostro. Abre un archivo en blanco, comienza a registrar las palabras que relatan lo que ha sucedido. "O lo que te dejan escribir" se reclama a sí misma, elimina la última oración.

Golpetea el teclado con sus uñas, imita el galope del reloj, espera a que su conciencia se le escape entre los dedos. Entre contradicciones evoca la imagen de la arruinada mujer, murmurando para sí, atrapada en una en un interminable tramo pavimentado por sus errores. Se pregunta si no está preparando los cimientos de su propia destrucción, recapitula su reunión con el gobernador, medita sobre la delgada línea que separa a las

personas como ella de las personas como Osvaldo Benavides.

Examina el primer párrafo, se detiene sobre el nombre que ya no alude a un apuesto protagonista de película, sino a un conjunto de amorfos restos de un hombre que no había podido cerrar su último caso. Nota el pulso en sus muñecas, cuenta los latidos de un corazón caliente.

Revisa las anotaciones de su libreta, Benavides la llama para informarla de los detalles de la aprehensión de Daniel Morán, el hombre que intentó arrancar el corazón de Tomás Leal durante su discurso en la bienvenida para el obispo. La seguridad lo detuvo antes de que pudiera hacer más daño, no tomó mucho para que admitiera a los asesinatos de Leonardo Savater, Eugenio Carranza y Lázaro Gutiérrez. Tener un nombre para los trozos de carne no era una mejora.

Elimina la hueca dicción, suspira, escribe; "Alexander Deo y el caso del corazón roto", las palabras aparecen en el monitor.